

PINTURA ASIATICA

LA RECREACION DE LA VIDA Y DE LA MUERTE

La temporada artística de París de 1958 se inició con una exposición novedosa y de gran importancia cultural. Nos referimos a la muestra de arte japonés que se efectuó en el Musée d'Art Moderne.

La exposición fue un conjunto de 143 obras que, verdaderamente, constituyeron una primacía para Europa, ya que era la primera vez que se reunía una cantidad tan grande de obras valiosas, provenientes de diferentes colecciones. La misma testimoniaba el genio y la paciencia oriental en 4000 años de creación estética. Las últimas obras correspondían al comienzo del siglo XX, pero de las creaciones primitivas a las modernas se manifestaba una continuidad espiritual de más de cien generaciones en el sentido simplificador de la elegancia, la suavidad de líneas, la importancia de la sugerencia en el trabajo de la composición y la coloración. Además, dichas obras poseen, de común, una expresión de serenidad y reposo. Son la obra de gentes que no miden el tiempo y viven en él considerándolo eterno como la vida. De ahí que podamos decir que estamos en presencia de una civilización poseedora de un arte sugestivo y propio, como expresa Van Loo refiriéndose al arte de la China.

Si deseamos analizar el arte japonés en relación con el arte Occidental, deben estar presentes en nosotros los conceptos de Tiempo, Ser, Vida y Muerte. Para la filosofía antigua japonesa, el ser es una forma del Todo (Conciencia Universal) y la

muerte no es más que la puerta por la que la vida continúa y se transforma, para desenvolverse en ciclos infinitos.

Para el occidental el ser es condenado irremediablemente a la muerte y a la nada, y el tiempo es una realidad fugaz que nos esclaviza y niega nuestra libertad.

El concepto filosófico oriental influye, por consecuencia, en el arte dando una visión del hombre y su vida interior; una vida intensa cimentada en la tierra, en equilibrio con las ideas abstractas, las reflexiones y los sueños. Los rostros de las figuras son sanos e inteligentes, mientras que el arte para el occidental es la plasmación en formas o colores del hombre y su tragedia, la angustia de vivir muriendo, buscando la forma de morir crucificado. De morir por algo.

Entre el arte japonés (oriental en general) y el arte de Europa, más que motivos o ideas comunes observamos amplias divergencias.

En el arte japonés la creación artística está dominada por la dirección horizontal. Puede observarse que todo planea a ras de tierra, en realismo. Los objetos, animales o personajes se presentan del centro hacia los lados. Los diferentes Budas jamás están representados en poses místicas, tratando de alcanzar el cielo como los Cristos y santos que, de pie o de rodillas, dan la impresión de que se elevan del suelo, como desprendiéndose de la vida en pos del vago infinito.

En la exposición de arte japonés fuimos impresionados por una magnífica escultura de madera dorada en figura de Loto, una expresión de reposo y completa laxación. Ambas manos rozándose los dedos y la boca suavemente entreabierta con una imperceptible sonrisa. Podemos deducir, por la abundancia de ejemplos de esta naturaleza, que los conocimientos de *hatagoya* estaban muy extendidos entre la masa de población. Eran una parte importantísima en la práctica religiosa. Coros, ritos, ayunos, abluciones, peregrinaciones, meditaciones, tienen su origen ahí. Motivos como éste, afectados por un artista occidental, estarían quizás dominados por la posición vertical, como yendo de la tierra hacia arriba, rumbo al cielo. En el Greco, que es

uno de los más esclarecidos genios de este místico arte de ensoñación y verticalista, como se observa muy bien en "El entierro del Conde Orgaz", donde los caballeros y frailes semejan verticales prolongadas en los diferentes Cristos de los cuales ninguno mira hacia la tierra, todos mendigan la luz de los cielos. El mito del martirio y sacrificio de Cristo ha tenido una gran influencia necrofílica en el intelecto europeo. La Sociología aún no ha estudiado con el debido interés su influencia en las capas cultas, además de los extravíos que ha causado entre las masas emocionales que se han flagelado la mente y el cuerpo, con la evocación patética de las espinas y azotes de Cristo. Este medio socio-cultural diferente al lejano Oriente, es lo que le permite decir a Van Loo: los chinos nunca tuvieron una de estas desalentadoras religiones basadas en la conciencia del pecado.

Modigliani, Greco moderno, desesperado, ateo y suicida, tiene de común con Cristo, que ambos pudieron evitar el suicidio, mas destruyéndose se sobrevivieron a sí mismos. También Modigliani prolonga los rostros de sus personajes en vertical.

Una parte importante de la creación artística de Europa, de preferencia ha sido inspirada por las ansias temerosas de ser uno con Dios; luego, ya en la época moderna, es el hombre despedazando al hombre. "La desintegración no puede ir más allá sin llegar a la insania". (Lewis Mumford, hablando de Picasso, en *La condición del Hombre*).

Pero el arte japonés no ha sufrido estos dolorosos desgarres. Aunque haya habido cataclismos, epidemias, terremotos, hambrunas y guerras, el arte ha conservado, en el transcurso del tiempo y la adversidad, su unidad, la serenidad tremenda que nace de cada hombre dispuesto a continuar viviendo imperturbablemente. El arte en parte expresa su filosofía de vivir en un sólo tiempo cerrado sobre sí mismo. No como en Occidente, que el Tiempo es un concepto de angustia metafísica. Para nuestra mentalidad, impregnada por un arte, literatura y cine necrofílico, es un tanto difícil penetrar en la comprensión de este arte filosófico y de *yogas* que no posee nada de tosco o

arcaico. Podemos abreviar diciendo que para el Oriente es paz y vida y para el Occidente violencia y muerte. Oriente es tierra, horizontal. Occidente es cielo y vertical. En pintura es notable observar, poniendo un poco de atención, que los cuadros japoneses son más anchos que altos, o el tema desarrollado de preferencia en anchura que en altura. A la inversa de Europa, que son más altos que anchos. En los japoneses su punto de mira es de arriba hacia abajo; se ve esto muy bien en los paisajes, que dan la impresión de estar ejecutados desde un árbol o una montaña. De ahí que desconocieran o usaran muy poco la perspectiva. Todo lo contrario, desde luego con Europa, preferentemente, en que la creación es ejecutada con un punto de vista desde abajo hacia arriba.

No podemos evitar una excepción: El Cristo de San Juan de la Cruz, de Salvador Dalí, una maravilla de técnica, luz y color, en que el hombre, como Dios, desde lo alto observa al Cristo clavado, en el espacio amenazado de tormenta.

Todo arte centra su realidad en la existencia del hombre; pero son los conceptos y las condiciones climatéricas, los que determinan en cierto modo su carácter, sus cualidades y defectos.

El cristianismo es una forma modificada de las grandes religiones del Oriente. El arte de la Iglesia nos presenta personajes temerosos, atemorizados, humillados. Los ojos preñados de lágrimas suplicando al cielo, las manos cruzadas sobre el pecho invocando gracia.

Los japoneses, con el conocimiento del principio único, *Yin* y *Yan*, están lejos de estas torturas cristianas. No pretenden escaparse de sí mismos, ir hacia lo lejano. Cada uno es parte del Todo y esto hasta como dice Reclús en su obra *El Hombre y la Tierra*: "El hombre es la naturaleza tomando conciencia de sí mismo"; lo que en el antiguo libro hindú Bhagavita está escrito de esta manera: "Je suis l'ame qui reside dans les corps de tous les etres".

VICTOR FUENTEALBA

París, Francia